

tancias eran dignos de tales consideraciones. Habil en procurar provechosas concordias, terminó las antiguas y terribles rivalidades de las familias de Orsini y de Colonna, por medio de matrimonios entre individuos de una y otra de ambas poderosas casas; privó de determinadas é injustas inmunidades á varias personas y pueblos; pactó la extradicion recíproca de delincuentes con Nápoles, Venecia y Toscana; hizo responsables del orden público á los magistrados y gobernadores de todas las poblaciones de sus estados conmiándoles con severas penas para el caso de que por su culpa ó negligencia se produjesen perturbaciones y adoptó, en fin, tan sabias y acertadas disposiciones que, como dice muy bien Galesino, al nombre de Sixto V, desaparecieron los facinerosos y volvieron á florecer la justicia, el orden y la tranquilidad. Igual para con todo el mundo, castigó á algunos barones y premió á otros segun sus merecimientos, acabó determinadas causas de discordia en Milan y Venecia; favoreció el comercio de la Marca, de la Flaminia y de Roma, alejando el odioso monopolio que solo servia para provecho de unos pocos en perjuicio de la generalidad, y dando impulso al trabajo y creando instituciones piadosas, á la vez que poniendo coto á los vagabundos, mejoró la situacion de los indigentes, para quienes creó una congregación especialmente encargada de hacerles justicia, llegando á tal extremo el alcance y acierto de sus medidas en este punto que, segun la frase de Silvio Antoniano, Roma ya no vió en un seno un solo pobre. El floreciente estado que alcanzaron en los dominios pontificios la agricultura y la industria, principalmente el arte de la lana y el de la seda, son buenos testimonios de la sabiduria y celo de Sixto V, igualmente hábil en dirigir la hacienda pública, como lo demostró la importancia del tesoro que hizo colocar en el castillo de San Angelo. De este hecho se han apoderado los enemigos de la Iglesia, para formular un cargo al pontífice que nos ocupa, sin fijarse en que este nada queria para si, pues probado está como se ha dicho antes, que era parco hasta lo sumo en sus propios gastos, sino que atesoraba para hacer frente á las necesidades públicas y hallarse en situacion de promover el bienestar general, su única y constante mira. Así lo revelan palpablemente las muchas y hermosas obras con que embelleció y ensanchó el recinto de Roma: calles, plazas

edificios nuevos, traída de aguas, el arrabal y la calle Felice, los antiguos mármoles de Settizon ó de Severo, transportados á San Pedro, obeliscos como el de la plaza del Vaticano, las columnas Trajana y Antonina, los colosos del Quirinal, el palacio lateranense, la cúpula del Vaticano y otras cien y cien obras mas verificadas ya en la ciudad eterna, ya en su pátria, ya en otras provincias, contestan con la elocuente é irrefutable voz de los hechos que Sixto V, atesoró con acierto y supo gastar lo atesorado, dando trabajo y por consiguiente bienestar y felicidad no solo al pueblo sino tambien á los artistas de tanto valer é importancia como el célebre Fontana.

Y no menos celoso que de los intereses materiales mostróse este gran pontífice de los morales de toda la cristiandad. En defensa de la religion verdadera se unió á la *santa liga* contra Enrique de Navarra, *el Bearnés*, condenó el asesinato del duque de Guisa y el regicidio cometido en la persona de Enrique III de Francia por el fanático Santiago Clemente; excomulgó á Isabel de Inglaterra, cuando esta cruel reina mandó al suplicio á Maria Estuardo, y la declaró depuesta del trono, con arreglo al derecho entonces vigente. Mientras Enrique el Bearnés, que llegó á ser Enrique IV de Francia, parecia obstinado en la heregia, Sixto V le combatió como era su deber, mas al verle inclinado á convertirse depuso su hostilidad y no temió, por ello, arrostrar el disgusto de Felipe II.

Dirijiendo á todas partes la mirada y no descuidando ninguna de las múltiples y graves obligaciones de su elevado cargo, pensó en el Oriente, tuvo tratos con la Persia, con los drusos y con los árabes y dirijió sus miras, bien que infructuosamente por circunstancias á él ajenas, á arrojar de Europa al turco, conquistar el Egipto y unir el mar Rojo con el Mediterráneo. Sus trabajos para la desecacion de las lagunas Pontinas, la Biblia Vulgata, la Biblioteca y la Imprenta del Vaticano y quince congregaciones creadas ó reformadas por él, demuestran bien á las claras, sobre todos los hechos que quedan enumerados, cuanta era la alteza de miras y cuan grandes y varias las aptitudes de este insigne pontífice que, el 24 ó 27 de Agosto de 1590, entregó piadosamente su alma á Dios, en el Quirinal. Su cuerpo recibió sepultura en el Vaticano y luego fué trasladado á un magnífico momento de Santa Maria la Mayor.

## IV.

A punto de terminar la serie de pontífices del siglo XVI, oportuno parece trasladar aquí las reflexiones que acerca del estado de las letras, las ciencias y las artes, así en dicho siglo como en el anterior, hace el notable historiador Rendu, pues de ellas se desprende como queda dicho en otro lugar, que la pretendida Reforma no fué mas que un retroceso, ni contribuyó para nada al movimiento intelectual de ambos siglos y que este, por el contrario, encontró su mayor apoyo en el catolicismo y sus mas altos y genuinos representantes.

Dice así Mr. Rendu: «Por muy importante que fuese el movimiento intelectual de esa época es necesario no desnaturalizar su carácter dando un sentido exagerado á la palabra renacimiento. Ciertamente que el espíritu humano no habia dormido un sueño de muerte en los tiempos en que el grande genio de San Bernardo, de Alberto el Grande y de Santo Tomás de Aquino, desde las eminencias de la ciencias teológicas, habian abrazado en sus vastas meditaciones todos los conocimientos humanos. No era el pensamiento el que se habia debilitado ante los sublimes objetos á que se dedicó durante la edad media; habíase sí perdido la pureza del gusto antiguo en los tiempos de desórdenes y de barbarie general, en los cuales las luces solo hallaban en algunos monasterios un asilo á menudo profanado por la ignorancia. Los modelos antiguos tipos admirables de la *regla*, así en las letras como en las artes, fueron descuidados ó estudiados imperfectamente; no habian dado origen sino á una incompleta y sutil filosofia conocida con el nombre de *escolasticismo*. El mérito del siglo XV fué restaurar el gusto y el estudio de los modelos de la antigüedad, preparando así la ilustracion artistica y literaria de los siglos décimosexto y décimoseptimo.

Esta restauracion estaba aparejada desde que el Dante rodeando el espíritu religioso de su siglo de toda la magnificencia de una espresion purificada con el estudio de los antiguos, fijaba la lengua italiana y abria el camino á tantos genios ilustres. Favorecióla hasta la misma invasion de la barbarie musulmana que arrojó á los sabios de la Grecia hácia los paises cristianos, y susci-